



1 – Mundos del trabajo: resistencias y cambios

Sindicatos y resistencias globales

Josep Maria Antentas

El proceso de globalización económica supone una reestructuración jerárquica y vertical de la economía mundial, así como un fraccionamiento y segmentación geográfica y social del planeta /1, entre países y dentro de éstos, que puede interpretarse en términos de desarrollo desigual y combinado del capitalismo a escala global. La globalización comporta importantes transformaciones de la clase trabajadora, dibujando un panorama complejo en lo que se refiere a las realidades que hoy configuran el mundo del trabajo. La tendencia histórica en la evolución del capitalismo es el aumento de la población asalariada en el conjunto del planeta. Puede hablarse así, siguiendo a Daniel Bensaid /2, de una tendencia a la “proletarización del mundo”, (utilizando el término “proletario” en el sentido que le daba el propio Marx): si en el año 1900 había unos 50 millones de asalariados sobre una población mundial de unos 1.000 millones de habitantes, hoy existen unos 2.000 millones de un total de unos 6.000.

Este “proletariado mundial” está formado por una miríada de realidades y situaciones sociales variadas y en una evolución continua donde coexisten lógicas contradictorias, y con condiciones de vida, trabajo y características sociológicas muy dispares. Las dinámicas de fondo que atraviesan a los trabajadores en el marco de la globalización son varias y analizarlas en su totalidad requeriría enmarcarlas, como señala Recio /3, en un contexto más amplio de transformaciones sociales profundas que trascienden el mundo de la producción (en el caso de los países del norte, por ejemplo, habría que situar la crisis de las solidaridades de clase, como hace de nuevo Bensaid /4 dentro de una crisis general de las formas de sociabilidad propias de la modernidad, que incluye la crisis de la pertinencia nacional como forma de integración social y de la familia nuclear).

En los países del Norte, la crisis de la ocupación ha supuesto una crisis de la “relación salarial estándar” propia del período fordista, y la emergencia de fuertes tasas de paro y de precariedad, que debe ser entendida desde una perspectiva amplia y multidimensional /5, en un contexto de fragilización de la relación de muchos trabajadores con el empleo, una de cuyas expresiones es el crecimiento de los trabajadores con bajos salarios, los *working poor*. Se ha producido un proceso de segmentación y fragmentación de la clase trabajadora, debido a la diferenciación de las condiciones de ocupación y una mayor diversificación de su composición en términos de género, etnia o nacionalidad. Ha tenido lugar, al mismo tiempo, una significativa reducción de la clase obrera industrial (aunque no su desaparición), debido a las reestructuraciones empresariales, y una pérdida de su centralidad política y simbólica, y un aumento de la ocupación poco cualificada en el sector servicios.

En los países del Sur coexisten varias dinámicas. En algunos países de la semiperiferia, como Brasil, Sudáfrica, Corea del Sur (y otros países del sudeste asiático) los procesos de industrialización comportaron la formación desde los años setenta de una clase obrera industrial significativa y de potentes sindicatos, si bien en el último período ésta también ha sido golpeada por reestructuraciones y cierres masivos. En otros, como México, hubo también procesos de industrialización importantes, ligados sin embargo a la creación de zonas francas orientadas a la exportación muy difíciles de organizar sindicalmente. En la actualidad, los procesos de formación de una nueva clase obrera industrial se han desplazado esencialmente a China, país que experimenta un proceso de industrialización intensiva sobre la base de una explotación extrema de la mano de obra. Sin embargo, la tendencia contemporánea más significativa de los países del “Sur global” es la formación de una amplia clase trabajadora informal, que Mike Davis /6 define como un “*proletariado informal*”, formado por más de 1.000 millones de personas que habitan en las “*áreas urbanas hiperdegradadas*” (*shumps*) de las metrópolis del sur que crecen de forma desconectada de cualquier proceso de industrialización (excepto en China), y cuyo modo de vida es el “supervivencialismo informal”.

El escenario global es, por tanto, el del crecimiento de la mano de obra asalariada dependiente, pero en dinámicas muy variadas y segmentadas, donde coexisten simultáneamente, como analiza Silver /7, procesos de formación de clase con procesos de desorganización o erosión de ésta. No deja de ser interesante constatar, que una de las paradojas del capitalismo contemporáneo es que dicho crecimiento numérico de los trabajadores coexiste con un debilitamiento del movimiento obrero internacional y de la conciencia de clase por parte de los trabajadores /8, fruto del impacto desorganizador de la reestructuración neoliberal y de las derrotas sufridas.

Crisis sindical: ¿camino irreversible?

Desde hace décadas es común hablar de crisis de los sindicatos, debido a las políticas neoliberales, y las transformaciones productivas y de la propia clase trabajadora. La magnitud y características de dicha crisis varía en función de las distintas realidades nacionales, pero las tendencias estructurales de fondo son similares. Los sindicatos se encuentran desde las últimas décadas en una posición defensiva en un contexto de hegemonía y aumento del poder empresarial en el mundo del trabajo.

La crisis sindical presenta varias dimensiones objetivas como: la pérdida de afiliación en muchos países (aunque no en todos); la caída de la participación interna de los afiliados en la vida sindical, que expresa un debilitamiento de la base social real de los sindicatos; la reducción de la conflictividad laboral; una crisis de función debido a los procesos de individualización de las relaciones laborales que cortocircuitan a los sindicatos; y la disminución de su influencia social, aunque a veces, como señala Recio /9 para el caso español, dicha pérdida de influencia social y declive de fuerza real se haga en paralelo a una mayor institucionalización de los mismos. La crisis sindical, sin embargo, se manifiesta también a través de un agotamiento del discurso y la práctica sindical, y sus dificultades para dar respuestas satisfactorias a los retos planteados por el capitalismo global.

En el origen de la crisis sindical se encuentran la crisis de la ocupación, con el aumento del paro y la precariedad, ambos con claros efectos “disciplinantes”, los procesos de reorganización productiva y el impacto de las reestructuraciones empresariales en los tradicionales bastiones sindicales, y el crecimiento de la ocupación en sectores, como los trabajos poco cualificados de los servicios, o del sector informal en las economías del Sur, difíciles de organizar. Los procesos de fragmentación de la clase trabajadora, y la diversificación de su composición, dificultan la articulación colectiva de los intereses de los trabajadores y el establecimiento de sentimientos de solidaridad e identificación colectiva. En este contexto amplios colectivos de trabajadores se encuentran alejados de los sindicatos e infrarrepresentados por éstos, y con dificultades para la acción colectiva.

La globalización supone, al mismo tiempo, una transformación del terreno de juego de las relaciones laborales que debilita el poder de los sindicatos y refuerza a las grandes multinacionales, quienes pueden articular estrategias de organización y distribución de la producción a escala internacional e influenciar, a través de *lob-*

bies pro-empresariales y otros mecanismos, a los gobiernos e instituciones internacionales de forma mucho más efectiva que las organizaciones sindicales internacionales, cuya capacidad de acción real es muy reducida.

En este contexto de crisis sindical, han florecido desde hace tiempo (a menudo en paralelo a los discursos sobre “el fin del trabajo”), opiniones señalando el carácter irreversible de la misma o, como por ejemplo afirma Castells /10, considerando que los sindicatos son organizaciones históricamente superadas. Mi posición es que dicha crisis ni es irreversible ni es inevitable y su evolución depende, en parte, de las propias opciones estratégicas que los mismos sindicatos adopten. La comprensión correcta de las perspectivas futuras de los sindicatos requiere además, como señala Silver /11, un análisis basado en una perspectiva histórica y geográfica mayor de la que habitualmente suele tenerse.

Resistencias sindicales a la globalización neoliberal

La situación concreta de los sindicatos varía en función de las realidades nacionales, pero en términos de conjunto, las grandes organizaciones sindicales del mundo tienen importantes dificultades para adaptarse a los retos de la globalización, padecen un claro agotamiento estratégico, y están inmersos en una práctica sindical rutinaria y burocrática. En general, los sindicatos nacionales mayoritarios, y también las organizaciones sindicales internacionales como la CES o la CIOSL, defienden un modelo sindical orientado a la concertación, con variantes y matices, que supone una adaptación crítica, o parcial, a las políticas neoliberales y demandas empresariales, buscando corregir sus “excesos”, a favor de una globalización con “dimensión social”.

Sin embargo, han emergido desde mediados de los años noventa diferentes experiencias de resistencias sindicales, y también de organizaciones no sindicales ligadas al mundo del trabajo, frente a la globalización. Éstas muestran posibles vías de renovación para la acción sindical y para la organización de los trabajadores. Muchas son episodios aislados, más bien excepciones, y a menudo han acabado con derrotas y contienen elementos contradictorios, pero su sola existencia muestra caminos para la emergencia de un nuevo sindicalismo, o de nuevas formas organizativas del mundo del trabajo.

Varias son las experiencias que podemos considerar “primerizas” frente a la globalización neoliberal. En los países del norte, cabe destacar algunos desarrollos sindicales o ligados al mundo del trabajo, en EE UU y Francia. En el primer caso, el giro muy limitado y parcial de la AFL-CIO en 1995, cuya culminación simbólica fue su presencia en Seattle en 1999, el desarrollo de luchas emblemáticas como la de los limpiadores (*Justice for Janitors*), la huelga victoriosa de UPS en 1997, la irrupción de organizaciones como *Jobs with Justice*, de campañas por un salario digno, y del movimiento estudiantil contra las *sweatshops*, supusieron un conjunto de experiencias muy variadas que testimoniaban cambios importantes en los sindicatos y la vitalidad de algunas organizaciones no sindicales ligadas al mundo del trabajo, aunque

obviamente desde condiciones muy difíciles y una gran debilidad estructural. En el caso de Francia el listado de experiencias incluye: las movilizaciones contra el “contrato de inserción profesional” en 1993, la emergencia de un abanico de asociaciones que intentaban organizar a los “sin” (empleo, techo, papeles...), la organización de la primera marcha contra el paro en 1994 y la explosión del movimiento de parados a finales de 1997 y, sobre todo, las huelgas de noviembre-diciembre de 1995 contra el Plan Juppé.

En estos primeros momentos de resistencia al neoliberalismo triunfante también constituyeron casos de referencia las experiencias sindicales en la semiperiferia emergidas durante los ochenta en países como Brasil y Sudáfrica o, en los ochenta y comienzos de los noventa en Corea del Sur, donde se desarrolló un fuerte movimiento sindical que se convertiría en un modelo de sindicalismo combativo de masas en un periodo de retroceso internacional del sindicalismo y de adaptación al neoliberalismo. Progresivamente, a partir de los noventa, los sindicatos de estos países evolucionaron hacia modelos sindicales más institucionalizados, perdiendo muchos de sus rasgos originales, en particular en Brasil y Sudáfrica, aunque menos en Corea. Posteriormente, entre los países de la semiperiferia la mirada de muchos militantes sindicales se ha ido dirigiendo hacia China, a medida que los procesos de formación de clase y las luchas laborales y contra los despidos han ido en aumento, si bien las perspectivas para un posible sindicalismo independiente organizado aún son difusas.

Más allá de estas experiencias primerizas, en los últimos cinco o seis años se ha producido un renacimiento importante en el terreno internacional de episodios de combatividad sindical, como consecuencia de los efectos combinados de la degradación sistemática de las condiciones de trabajo y vida, de la intensificación de las reformas neoliberales y la reducción de los márgenes para la “concertación”, y de la constatación por parte de los mismos sindicatos de su propia crisis. Ejemplos de estos importantes episodios de lucha los tenemos en: las movilizaciones en varios países de la UE, como el intenso ciclo de protestas sindicales en Italia desde el 2001 en particular contra la “reforma del artículo 18”, la Huelga General del 20-J en el estado español, las luchas en Francia el 2003 contra la reforma educativa y de las pensiones y recientemente contra el CPE, las movilizaciones en Alemania el 2003-2004 contra la Agenda 2010, las luchas sindicales en Austria y Holanda contra la reforma de las pensiones, el 2003 y el 2004 respectivamente, y recientemente la movilización en defensa de las pensiones en Gran Bretaña; la huelga de transportes en Nueva York en diciembre del 2005; las movilizaciones contra las leyes anti-sindicales en Australia en junio y noviembre del 2005; y, las múltiples huelgas generales que han travesado varios países del sur durante los últimos años.

Estos grandes episodios presentan algunos elementos comunes. Primero, tienen un carácter fundamentalmente reactivo y defensivo y a menudo terminan en derrotas, semiderrotas o victorias precarias. Segundo, el aumento de las luchas, salvo excepciones, no va acompañada de una dinámica de crecimiento significativo de la afi-

liación sindical, ni del aumento de la influencia o el prestigio de los sindicatos. No puede hablarse de un crecimiento organizativo de los sindicatos existentes o de la emergencia de nuevas organizaciones en crecimiento. Tercero, muchas de las luchas sindicales recientes son de carácter general y presentan una doble dimensión de defensa de las condiciones de trabajo y de crítica a las políticas neoliberales en sentido amplio, pero no repercuten automáticamente en un refuerzo de los sindicatos en el centro de trabajo. Y, finalmente, la existencia de grandes movilizaciones a menudo impulsadas por los grandes sindicatos, no va acompañada de un cambio de fondo de su orientación, y se mantienen en el marco de un modelo de concertación donde la movilización es concebida como un último recurso puntual cuando se agotan otras vías. Tampoco comportan un refuerzo explícito de los sectores sindicales más combativos en términos de crecimiento orgánico y de gestación de una nueva generación de militantes sindicales combativos a gran escala.

En el marco de las experiencias de resistencia sindical desde mediados de los noventa conviene destacar en particular aquellas que han comportado la coordinación de movilizaciones sindicales en varios países. A menudo, pero no siempre, éstas han tenido lugar al margen de los canales sindicales internacionales formales, o se han apoyado sólo parcialmente en los mismos, y se han basado en un contacto directo entre trabajadores afectados. Podemos citar experiencias diversas como: alianzas y acuerdos de cooperación concretos entre sindicatos de varios países, como por ejemplo de EE UU, Canadá y México después de la firma del acuerdo de libre comercio; campañas internacionales de apoyo a luchas sindicales nacionales, como las de los *dockers* de Liverpool o los trabajadores de UPS en 1997; movilizaciones internacionales en una firma multinacional, como el conflicto de Renault-Vilvorde en 1997, Marks & Spencer el 2001, Mobil.Com el 2002 y Alstom el 2003; así como algunas “eurohuelgas” impulsadas en sectores que han tenido tradicionalmente una importante capacidad de acción sindical internacional, como los controladores aéreos en 2003 contra la directiva europea sobre “cielo único”, o los portuarios, primero entre los años 2001 y 2003 y después a finales del 2005, contra la directiva de liberalización de los servicios portuarios.

Finalmente, conviene destacar específicamente también aquellas iniciativas ligadas a la lucha contra el paro y la precariedad. Estas últimas incluyen una gran variedad de experiencias de importancia variable, desde la huelgas en McDonald's y Pizza Hut en París en 2001, hasta las campañas por un salario digno en EE UU, pasando por las iniciativas del *MayDay* en varias ciudades europeas. En ellas suelen combinarse formas de lucha sindicales y extrasindicales y han tenido un protagonismo importante organizaciones de barrio, estudiantiles, comités de apoyo a huelgas y ONGs. En este capítulo también hay que incluir, con entidad propia, las múltiples luchas protagonizadas por el “proletariado informal” y los trabajadores pobres de las grandes urbes del “Sur global” contra la privatización de los servicios públicos, el desempleo y la precarización, y por la supervivencia cotidiana, organizados en asociaciones barriales o vecinales. El caso de los *piqueteros*

argentinos posiblemente haya que enmarcarlo en este tipo de resistencias, con la especificidad que ha cristalizado como movimiento de “desempleados”.

Hacia un “sindicalismo movimientista” y “altermundialista”

La emergencia de un nuevo “ciclo internacional de protesta” y del movimiento “antiglobalización” genera un contexto de fondo que puede posibilitar a los sindicatos salir de su dinámica de retroceso y aislamiento, siempre y cuando se orienten estratégicamente hacia una confluencia con el movimiento antiglobalización y las luchas emergentes sobre la base de una orientación antineoliberal. Sin embargo, hoy en día la relación entre el movimiento y los sindicatos es débil. Éstos mantienen una distancia crítica, o una implicación selectiva y parcial respecto al primero, apareciendo como un actor externo, o sólo muy parcialmente integrado en las iniciativas “antiglobalización”. La razón fundamental es la divergencia programática y estratégica: si el movimiento, con todas sus variantes y matices, encarna una oposición orientada a la acción frente la globalización neoliberal, el grueso del sindicalismo internacional mantiene una posición de adaptación crítica, y privilegia las prácticas de *lobby* o negociación, recurriendo a la movilización en último término. También hay que tener en cuenta la importancia de otros factores como las diferencias de cultura organizativa, de intereses prioritarios, de formas de acción, y de composición en términos de clase y generacional.

Para revertir la crisis sindical actual y ligarse a las resistencias emergentes se requiere una reorientación de los sindicatos hacia lo que varios autores del mundo anglosajón como Moody /12 o Waterman /13, entre otros, con puntos de vista no exactamente idénticos, han llamado *social movement unionism*, y que podemos traducir como “sindicalismo movimientista” (concepto que guarda similitudes con el de “sindicalismo sociopolítico” más utilizado en los debates en el Estado español). Bajo el concepto de “sindicalismo movimientista” no se encuentra un modelo sindical acabado, sino más bien algunos rasgos constitutivos de lo que podría ser un tipo de sindicalismo alternativo al hegemónico, a la luz de algunas experiencias concretas, de las características de las resistencias emergentes y de de la propia crisis sindical. Sus principales rasgos pueden resumirse en:

1. Una concepción no institucional de la acción sindical y una práctica orientada hacia la movilización contra las políticas neoliberales y las exigencias empresariales.
2. Una concepción amplia de la clase trabajadora, que tenga en cuenta su diversidad de condiciones de ocupación y su pluralidad en términos de composición étnica, de género, orientación sexual, cultura, religión o nacionalidad. En este marco es de importancia estratégica dedicar una atención preferencial a los colectivos más débiles y alejados de los sindicatos, como los parados, precarios o los inmigrantes, buscando reconstruir procesos de solidaridad de clase amplios que eviten la competencia y antagonismo entre distintos colectivos.

3. Una concepción amplia de la actividad sindical, que implique actuar en el centro de trabajo y en el territorio, y en el mundo de la producción y reproducción social. La acción sindical en la empresa y el territorio deben contemplarse como complementarias. Esta última aparece como fundamental para reforzar el poder de aquellos trabajadores particularmente débiles en el centro de trabajo y ha sido un elemento sobresaliente de las muchas de las luchas socio-laborales más emblemáticas de los últimos tiempos en varios países.
4. Una concepción organizativa democrática, sustentada en una cultura de la participación y en una tarea de formación y educación política de los afiliados sindicales, en base a unos valores alternativos al neoliberalismo y a las prioridades empresariales /14.
5. Una perspectiva internacionalista que tenga como objetivo el desarrollo de una acción sindical internacional efectiva, no centrada en el *lobby* institucional sino en la movilización, en el terreno general y de empresa.
6. Una comprensión estratégica de la necesidad de establecer alianzas con los diferentes movimientos sociales. Esto incluye un doble elemento: primero, la participación de los sindicatos en luchas sociopolíticas más amplias ligadas a la defensa del medioambiente y el territorio, los barrios, los derechos de las mujeres...; segundo, el trabajo conjunto con aquellas organizaciones no sindicales centradas también en cuestiones laborales, tales como organizaciones estudiantiles contra los abusos laborales en el tercer mundo, ONGs, o coordinadoras informales de trabajadores en lucha, que han tenido un papel importante en la luchas de los precarios y los trabajadores pobres. Las transformaciones urbanas, de la clase trabajadora y de la organización productiva comportan la emergencia de una amplia diversidad de formas organizativas en torno al mundo del trabajo, y los sindicatos deben tomar nota de ello.

En particular, considero que el giro movimientista que necesita el sindicalismo pasa por su plena inserción en las actividades del movimiento antiglobalización y en el “consenso anti-neoliberal” y en las convergencias, todavía frágiles, que éste representa. Frente a los procesos de fragmentación y desestructuración social existentes, contrariamente a los autores que alaban sus virtudes al estilo de Negri y Hardt, creo que hay que buscar recomponer la unidad del conjunto de sectores oprimidos y explotados en el marco de la lucha contra la globalización neoliberal, favoreciendo procesos de organización desde abajo. Precisamente, la poca conexión de las convergencias en torno al movimiento “antiglobalización” con el mundo del trabajo y su deficiente arraigo social en realidades concretas es una de sus grandes debilidades.

La reconstrucción de las solidaridades de clase amplias y entre los sectores oprimidos y explotados necesita la convergencia entre sindicatos y movimiento antiglobalización en el marco de una “estrategia contra-hegemónica” /15 frente a la globalización neoliberal, para avanzar hacia un bloque histórico alternativo, o “una

alianza social alternativa” en términos de Recio /16, al capitalismo global. Se trata en definitiva de reforzar las confluencias sociales, titubeantes y débilmente expresadas sobre todo en torno a los Foros Sociales, en el marco de un discurso generalista de crítica al capitalismo global que permita, una articulación compatible de la “cuestión social” y la lucha contra la explotación capitalista, con la defensa del medioambiente, los derechos de las mujeres, las minorías étnicas y otros grupos sociales oprimidos, y el rechazo a la guerra imperialista, y una articulación de los intereses generales con los específicos. Avanzar en “*este juego de construcción que conjuga el fragmento singular con la forma del todo*”, siguiendo a Daniel Bensaid /17, es una de las tareas centrales del internacionalismo del siglo XXI, en el cual los sindicatos deben aspirar a jugar un papel importante.

Josep Maria Antentas es miembro de *Revolta Global* y de la Redacción de *Viento Sur*

- 1/ Husson, M. (1996). *Misère du capital*. París: Syros.
- 2/ Bensaid, D. (2001). *Les irréductibles*. París: Textuel.
- 3/ Recio, A. (2004). “¿Qué fue de la clase obrera?” *Mientras Tanto* nº 93. pp. 25-43.
- 4/ Bensaid, D. (2005). *Fragments mécréants*. París: Lignes
- 5/ Cano, E. (2004). “Formas, consecuencias y percepciones de la precariedad” *Mientras Tanto* nº 93 pp. 67-82.
- 6/ Davis, M. (2006). *Planet of Slumps*. Londres: Verso.
- 7/ Silver, B. (2005). *Fuerzas del trabajo*. Madrid: Akal.
- 8/ Silver, B. y Arrighi, G. (2000). “Workers north and south” *Socialist Register 2001*. pp. 53-76.
- 9/ Recio, A. (2004). *Op. cit.*
- 10/ Castells, M. (1997). *La sociedad red. El poder de la Identidad*. Madrid: Alianza.
- 11/ Silver, B. (2005). *Op. cit.*
- 12/ Moody, K. (1997). *Workers on a lean world*. Londres: Verso.
- 13/ Waterman, P. (1998). *Globalization, Social Movements and the new Internationalisms*. Londres: Continuum.
- 14/ Recio (2002). “¿Fin de un ciclo sindical? e *Viento Sur* nº 51. pp.51-58.
- 15/ Pastor, J. (2005) “Evolución, crisis y mutaciones de la izquierda transformadora y alternativa” *Mientras Tanto* nº 91-92. pp. 29-44.
- 16/ Recio (2004). *Op. cit.*
- 17/ Bensaid, D. (2005). *Op. Cit.*